

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XV

Marzo de 1938

Núm. 153

---

---

## Puntos de vista

D'Annunzio

*EN su villa del Vittoriale se extinguió, a los 74 años, la vida agitada de Gabriel D'Annunzio. Vida de creación y de batalla en el sentido pánico, en el más profundo sentido vital. Desde los quince años, comenzó para el poeta la existencia del tumulto creador y sólo vino a cesar en las cercanías de la muerte, cuando la declinación física a la que tanto había temido el poeta, le encerró en las estancias de su palacio cercado por olivos, cipreses y laureles. Poco antes de morir, hizo quitar de su villa todos los espejos que decoraban las salas. El lago inmóvil y helado que es el espejo no podía devolver la figura decrepita del creador ardiente, para el cual la vida pasada había sido un esplendor y un deleite. La juventud de D'Annunzio parecía ser eterna como su obra, pero «el tiempo terco» que cantara melancólicamente el poeta indio, trajinaba con sus pies invisibles e inaudibles, sobre los surcos de su rostro y depositaba sobre ellos la máscara lamentable de la vida vencida. Contra esa fatalidad ineludible, levantaba en vano el poeta su protesta amarga, su acento de desolación.*

*En este creador, que se bautizó a sí mismo el «imaginífico», no había otro molde que el que su propia obra, plena de vida y de exaltación dionisiaca, forjó para que en él cupiera su naturaleza de dominador. D'Annunzio no dió paz nunca, a lo largo de*

su vida, al acto creador. Y para este acto parecía haber extraído los zumos fecundos de ese hombre del Renacimiento, del cual descendía en la esencia y en el misterio de su obra artística. En la locura frenética de Benvenuto y en el dulce misticismo del poverello de Assis, humano y gozoso misticismo, podría hallarse una mezcla del espíritu d'annunziano. La creación de este poeta moderno se envolvía a veces, como en muchas de sus poesías, en una fragancia transparente y sencilla que recordaba el perfume de los fioretti, la comunión con una naturaleza plena de amor y de recogimiento. Pero era el alma pánica y encendida, el alma embriagada de amor y de pasión, de desprecio por los esclavos, de arrogancia y orgullo en la propia grandeza, del artista que los Papas elevaban al rango de un semidiós, lo que más hondamente bullía en el alma de D'Annunzio. De aquel orfebre magnífico, del cual Julio II había dicho que no había leyes humanas capaces de juzgarlo por sus arrebatos violentos y crueles, tenía D'Annunzio la idéntica potencia de estilo. La forma en Benvenuto es la maravilla en la creación artística. Sus vasos labrados, sus camafeos, sus botones para las capas pluviales, sus esculturas, parecen hechos por un mago en un proceso milagroso de belleza. En D'Annunzio el estilo tiene, a menudo, un resplandor de aurora, una ingravidez cariciosa y frágil que recuerda, como él lo ha dicho, «los encajes que hace el viento con la arena» o «el movimiento del sol en el agua» . . . Nunca el estilo alcanzó gloria más perfecta que en este dominador de la palabra. Los príncipes de Roma tomaban, temblando en sus manos, los joyeles y los vasos que había esculpido Benvenuto. Levantaban para mirar de trasluz las imágenes finas y aladas que grabara en ellos el supremo artista y lloraban de emoción, porque aun les era dado contemplar sobre la tierra maravillas sobrehumanas. Generaciones enteras en Italia y en el mundo que pudo leerlo, sintieron en la obra de D'Annunzio, en la fuerza y en la gracilidad de sus versos y de sus concepciones dramáticas, un estremecimiento gozoso. Leer a D'Annunzio era como aprestarse a cumplir un rito. Debajo de las frases labradas pa-

recía circular la sangre caliente de la vida que el creador le había infundido. En las imágenes que esmaltaban todo el curso de la prosa, vibraba el don de la luz, la viveza apasionada del color, el aire fino que se embriagaba al pasar entre las flores de los jardines. Sus héroes y sus mujeres proclamaban el señorío de la vida fuerte y libre. Morían en un minuto de placer o eran crueles como lo era la naturaleza, por exaltación y por odio a los pequeños, a los siervos, a los esclavos, a los que pretendían entenebrecer la existencia. En ocasiones, esos héroes daban la impresión de buscar la purificación a través de grandes llamas, o bien como si sólo a través de los crímenes y de las culpas pudieran encontrar el verdadero sentido del bien. La voluptuosidad hincaba en ellos sus espuelas agudas y danzaban frenéticos y alegres. Toda la obra novelesca de D'Annunzio y aun parte de su obra dramática, está concebida en el doble suplicio del trágico sentimiento de la vida y del deleite de las sensaciones.

Las generaciones nuevas de Italia, sin embargo, no rindieron los homenajes que el poeta merecía. Por lo contrario, analizaron implacables su obra. Habían venido los tiempos duros de la responsabilidad y la palabra como señorío, el estilo como supremo don de creación, ya no entusiasmaba a los trágicos hombres del presente. El mundo estaba convulso y afiebrado. Surgían problemas oscuros e impresionantes. Era preciso descender de las torres egoístas para buscar en el plano común la felicidad que sólo unos elegidos habían saboreado en el tibio silencio de los salones. El poeta había dado a Italia grandes emociones. No sólo por la obra literaria, sino por la acción y el combate durante los días sombríos de la guerra. Nadie olvidó y nadie ha olvidado sus arengas viriles en el escollo de Quarto, sus poemas de la grandeza italiana en su canto al mare nostrum, su voz ardiente de patriotismo y de fe en la recuperación del ritmo potente de un alma colectiva, que se levanta para mostrar su fuerza y su capacidad tradicionales. Pero en la poesía y en la novela, eran otras las sollicitaciones que surgían de la vida, otros los problemas, y no eran esos héroes refina-

dos y esas mujeres de admirable vida interior los que podían servir de modelos a estas generaciones ávidas de corregir las miserias y dolores del mundo.

### Lugones

*A* los 64 años de vida, Lugones se eliminó físicamente del mundo. Decimos físicamente, porque la obra literaria e histórica le permitirá sobrevivir con vida dilatada en el dominio de las letras argentinas y americanas. Los móviles que le llevaron a adoptar esa extrema resolución, no son aún conocidos. Por lo menos, no se ha podido obtenerlos. Es probable que los íntimos del poeta, y algunos amigos hayan logrado encontrar entre los informes algún elemento de juicio que les permita esclarecer el misterio que envuelve la muerte de Lugones. Por nuestra parte, no podemos valernos sino de conjeturas y estas tampoco podrán ser muy ajustadas a la realidad dramática del suceso.

Lugones realizó una de las obras más interesantes de la literatura argentina. Y su vasta cultura le permitió abarcar materias múltiples. Queda de la obra de Lugones, sin embargo, su gran virtuosidad como lírico, su don de las imágenes y una fuerza de concepción poética que indudablemente le colocan entre los grandes poetas de América. Darío que sintió en él la fuente huguesa de inspiración, señaló en él con palabras cordiales su profundo fervor creador: «La obra primigenia de tal héroe—escribió—cuyo análisis sea para estudiosos y minuciosos críticos, hácenme pensar en las adolescencias proféticas, en una pérdida y encuentro, no en el templo entre los doctores, sino en el bosque entre los leones. Hay allí sobre todo un infuso conocimiento de cosas inmemoriales que se ha transmitido a través de innúmeras generaciones y que hace vagamente reconocerse apenas, con algún rarísimo contemporáneo en un rápido juego de miradas, o en la similitud de interpretación de un gesto, de un signo, de una palabra. Ya en la